

Resumen
NO ES UN MAL MENOR
Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado
Tomo 8 del Informe final de la Comisión de la Verdad de Colombia



CON EL APOYO DE:



Embajada
de la República Federal de Alemania
Bogotá



LEGADO
COMISIÓN DE LA
VERDAD

unicef





Resumen
NO ES UN MAL MENOR
Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado
Tomo 8 del Informe final de la Comisión de la Verdad de Colombia



CON EL APOYO DE:



Embajada
de la República Federal de Alemania
Bogotá



LEGADO
COMISIÓN DE LA
VERDAD



**Representante**

Tanya Chapuisat

Representante adjunta

Victoria Colamarco

Especialista de Protección

Julien Hayois

Asociada de Protección

María Alejandra Ortiz Ruiz

Consultora

Katherine López Rojas

Autora (Consultora)

Diana Britto

Editora

Sofía Libertad Sánchez

Agradecimientos especiales al grupo de adolescentes y jóvenes que contribuyeron con sus recomendaciones técnicas.

Colectivo Generación V+

Santiago Ramírez

Andrés Pemberty

María Camila Saavedra

María Paula Palacios

Juan Gonzáles

Red Nacional de Participación Adolescentes en Movimiento por sus Derechos de UNICEF

Liseth Daniela Sánchez

María Fernanda Ramírez

Juan Felipe Montenegro

Juliana Bustos

Alejandra Plata

Concepto, diseño, ilustración y diagramación

Taller Creativo de Aleida Sánchez B. SAS

www.tallercreativoaleida.com.co

Diseño y diagramación

Zamara Zambrano Sánchez

Ilustraciones originales

Mario Urazan Roncancio

Dirección de arte

Aleida Sánchez Buitrago

© Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF)

Primera Edición

1 de octubre del 2023

ISBN 978-958-8514-76-5

Este material ha sido producido gracias al apoyo del Ministerio Federal de Relaciones Exteriores de Alemania.

Este material se construyó a partir del Tomo 8 No es un mal menor del Informe de la Comisión de la Verdad de Colombia, publicado en 2022. Las afirmaciones y opiniones expresadas en esta publicación no reflejan, necesariamente, las posiciones del Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa del editor.

Objetivos

1



Ausencias y orfandades en la vida de las niñas, niños y adolescentes víctimas del conflicto armado

Pág **5**

Recomendaciones en torno al tema de las ausencias y orfandades

Pág **12**

2



El desplazamiento forzado en la vida de las niñas, niños y adolescentes

Pág **13**

Recomendaciones en torno a los impactos del desplazamiento

Pág **22**

3



El conflicto armado en la escuela y sus entornos

Pág **23**

Recomendaciones en torno a las afectaciones contra la escuela y sus entornos

Pág **30**

4



Vinculación de niñas, niños y adolescentes por actores armados

Pág **31**

Recomendaciones en torno a la vinculación de niñas, niños y adolescentes por actores armados

Pág **50**

5



Romper la cadena de violencias: afrontamientos y resistencias de las niñas, niños, adolescentes y jóvenes

Pág **51**

Introducción

El tomo *No es un mal menor. Niñas, niños y adolescentes en el conflicto armado* aborda los impactos de la guerra y las violencias que se dirigieron contra la población menor de dieciocho años, según las tendencias extraídas de la escucha de 2.744 testimonios que hablaron de las vivencias del conflicto en estas edades¹. De ahí surgieron, no solamente los mensajes claves del libro, sino también las palabras explícitas de las 200 voces que aparecen en sus páginas y cuyos testimonios fueron contrastados con la revisión de 140 informes, 75 casos y 31 bases de datos². Los testimonios, en su mayoría de infancias del pasado, mostraron a las *ausencias y orfandades, ya las afectaciones contra la escuela y sus entornos* como las experiencias más invisibles sufridas por la niñez y la adolescencia colombianas, mientras el *desplazamiento forzado* fue la violencia más repetida y masiva. El tomo también ahonda en la *vinculación de niñas, niños y adolescentes a los actores armados* como fenómeno intencional y sistemático del conflicto colombiano y, finalmente, trata los *afrontamientos y resistencias* de estas víctimas, que a pesar de estar marcadas por experiencias tan dolorosas encontraron formas de luchar por sus derechos y resignificar sus historias.

El objetivo del presente texto es ofrecer una narración breve y sencilla de los aspectos más importantes que se desarrollan en este tomo del *Informe Final* de la Comisión de la Verdad de Colombia, para que el reclamo de los niños, niñas y adolescentes que sufrieron la violencia sensibilice a las nuevas generaciones, a la sociedad colombiana y a una comunidad internacional que busca informarse sobre las violaciones de derechos humanos ocurridas con ocasión del conflicto interno colombiano.

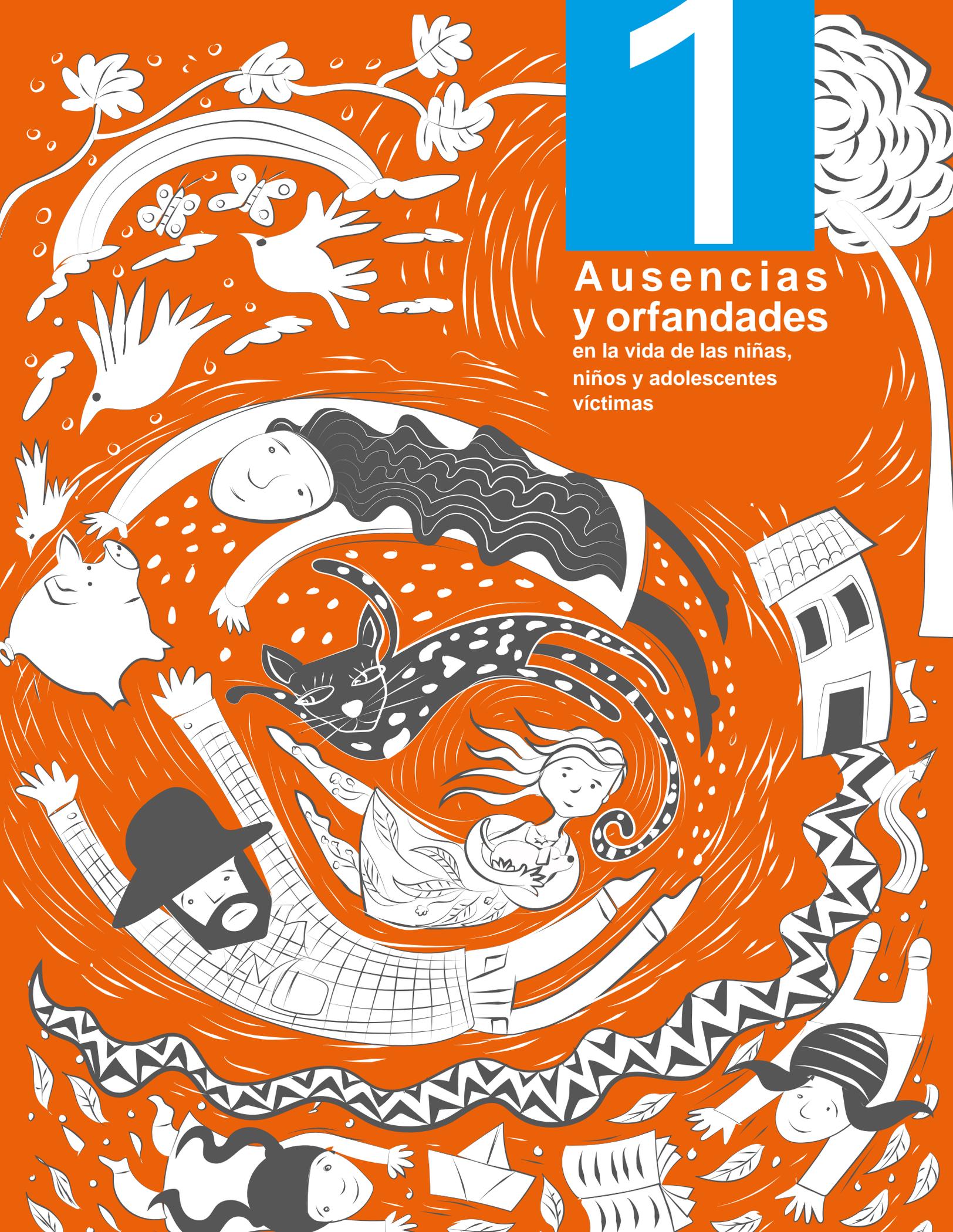
1 Para ver una presentación del tomo en formato audiovisual, ir al siguiente enlace: <https://youtu.be/l2nCpe6VIS8>.

2 El grueso de la información estadística correspondiente a este tema, para todos los períodos del conflicto analizados, fue consolidado en un anexo estadístico del tomo, que se puede consultar en el siguiente enlace: <https://www.comisiondelaverdad.co/anexo-estadistico-capitulo-ninas-ninos-y-adolescentes-no-es-un-mal-menor>.

1

Ausencias y orfandades

en la vida de las niñas,
niños y adolescentes
víctimas





1 Ausencias y orfandades en la vida de las niñas, niños y adolescentes víctimas

«Era de noche y se escuchaban perros aullando. Aullaban y ladraban mucho. No sé ni qué hora era. Tampoco sé si fue ese día o antes, pero se escuchaba mucha gente, muchos pasos. Creímos que era el Ejército, porque siempre que patrullaban se oían muchos pasos. Mi mamá sirvió la cena –entonces sí era de noche– y el perro seguía ladrando».

La violencia llegó a la vida de **Olga María**³ cuando apenas era una niña como una premonición y una conciencia vaga del riesgo. Confunde horas, días y acontecimientos, porque solo tenía cinco años cuando empezaron a acumularse las pérdidas y violencias en su entorno. Ella nació en Simacota, Santander, el 5 de enero de 1983, en una pequeña vereda llamada Puerto Nuevo. Cuenta que una de esas noches se les metió un tigrillo a la casa y para no delatar su presencia ante los hombres armados que merodeaban la finca, lo espantaron con un mechero. Estos hombres eran Los Masetos, miembros de un grupo paramilitar que surgió en los años ochenta, y venían persiguiendo a su padre, militante de la Unión Patriótica⁴.

Los recuerdos de Olga María, aunque confusos, llegan como los fognazos de una violencia que la marcó antes de que pudiera entenderla. Recuerda que comía su desayuno cuando les llegó la noticia del asesinato del tío: «¡Mataron a Marino!»

3 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/627-VI-00002> También pueden escuchar un fragmento del testimonio de Olga María en el siguiente enlace: <https://www.comisiondelaverdad.co/aun-espero-papa>

4 Partido político de izquierda surgido de los diálogos de paz entre el gobierno de Belisario Betancur y las FARC-EP, en 1985.

Marino vivía en Puerto Nuevo, era otro hermano de mi papá. Mi mamá dejó todo... yo no sé si hasta dejó el fogón prendido. Ese fue el primer desplazamiento que tuvimos en la vida».

La forma en que niños, niñas y adolescentes han experimentado la guerra en Colombia se puede definir como una compleja cadena de violencias y de pérdidas: pérdida de los padres, de los territorios, de su patrimonio, de las costumbres y tradiciones ancestrales, del estudio, de sus escuelas, maestros y compañeros de clase, de sus amigos y juguetes... de sus sueños de infancia. A menudo, estas iniciaron con eventos premonitorios, hechos con los que iban adquiriendo una conciencia del peligro al que estaban expuestos. A estos vaticinios les siguieron pérdidas cuyo origen casi siempre se asocia con el primer desplazamiento, que en realidad siempre es producto de victimizaciones anteriores: amenazas, asesinatos, desapariciones, secuestro, extorsión, violencia sexual, intentos de reclutamiento. Las familias se desplazan y en los lugares de acogida es común que persista el conflicto en alguna de sus formas, por lo que la violencia no termina allí, solo se transforma.

Olga María y su familia, cuando salieron desplazados por primera vez de la vereda, habían conseguido salvar la vida, pero aún no habían soltado las cargas de la guerra. En ese enero de 1989 se materializó la *ausencia* definitiva del padre: «Ese día era temprano en la mañana y mi mamá le había dicho a mi papá que no se fuera otra vez a la finca. Me acuerdo de que ellos discutieron esa noche por eso, y mi papá: “No, pero los marranos y el perro”. Yo me acuerdo de que le dije: “Ay, sí, papi, mi perro Coconito, me lo trae... ¡o vamos!”; y mi papá: “No, yo voy solo, voy mañana”. [...] Eso fue el 15 de enero... a la fecha han pasado 31 años desde que no volvió».

El cadáver del papá de Olga María nunca apareció. **Es una de las 121.768 personas, incluidos 28.192 niños, niñas y adolescentes, que fueron documentadas como desaparecidas entre 1985 y 2019 por la Comisión de la Verdad.** Y ella es una de los muchos niños, niñas y adolescentes huérfanos que no han entrado en los registros de orfandad en sesenta años de conflicto armado⁵. A pesar de manifestarse de muchas formas, las ausencias

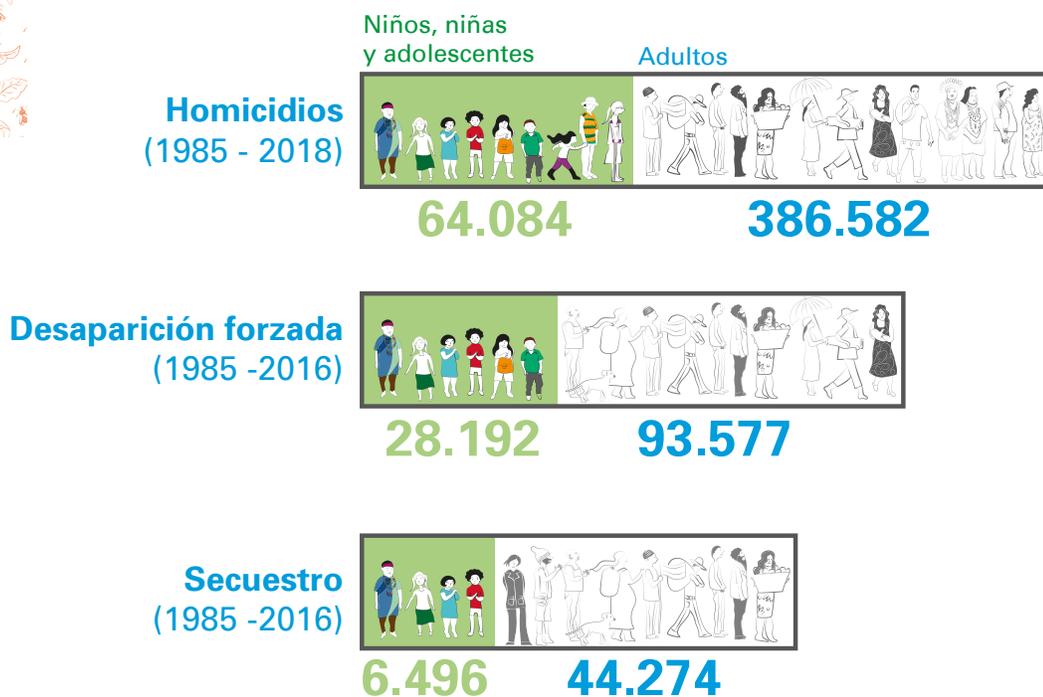
5 Esta falta de registro, es decir, la falta de conteo de las personas víctimas de esta violencia o de cualquier otra da origen a un fenómeno conocido como «subregistro»; es decir, se cree que el número de personas afectadas es menor al real solo porque no han sido contadas ni incluidas en bases de datos institucionales.





y orfandades pasaron inadvertidas durante décadas. Fueron víctimas que no se contaron, por lo que esta es una de las verdades imposibles que nos ha dejado la guerra. Las personas menores de dieciocho años huérfanas por el conflicto se empezaron a registrar desde el 2011 y solo cuando fueron atendidas por las instituciones del Estado. Si quedaban al cuidado de otros parientes, no las contaban, por lo que las cifras no reflejan, ni de cerca, la realidad de lo ocurrido en Colombia.

Total de personas víctimas de violencias por curso de vida



Fuente: JEP-CEV-HRDAG, «Proyecto conjunto de integración de datos y estimaciones estadísticas», corte de junio de 2022.

La falta de atención a quienes sufrieron estas pérdidas siendo niños y niñas repercute en duelos no elaborados⁶ e impactos psicológicos que pueden llegar a durar toda la vida, pues a una edad tan temprana las personas no consiguen explicarse experiencias tan desgarradoras como la desaparición, el secuestro o la muerte en combate, y las razones que encuentran suelen producir más daño. Por

6 En los duelos no elaborados las personas tienen dificultades para atravesar las emociones derivadas de la pérdida del ser querido, así como las etapas usuales del proceso de duelo. Pueden quedarse mucho tiempo en una fase de «negación», buscar culpables, o experimentar durante años emociones de ira, rabia y tristeza sin alcanzar el punto de equilibrio que normalmente llega con la aceptación de la pérdida.



en las negociaciones de los noventa¹⁰, quien finalmente fue abatido por miembros de la fuerza pública luego de haber dejado las armas, cuando Juana Valentina tenía diez años.

Saber estas cosas implicaba adquirir una conciencia práctica del problema. En el caso de Juana Valentina, significaba cambiar de hogar cada cierto tiempo, inventar historias: fabricarse una máscara con la que ocultar su verdadera identidad. En el caso del secuestro, implicó atreverse a negociar directamente con los captores; hablar con sus padres a través de la radio, con miles de personas atestiguando tu dolor; salir a protestar en marchas multitudinarias, y hasta recoger dinero para contribuir al pago del rescate. Esto hizo la hermana menor de **Tatiana**¹¹, una niña que fue secuestrada en dos ocasiones por las FARC-EP: «Cuando vendió los brownies, le trajo a mi mamá una bolsita con plata, y le dijo: “Esto es para mi hermana” ».

Pero quizá lo más difícil de aceptar, al final del camino, y luego de alimentar una esperanza depositada en los numerosos esfuerzos infantiles, fue la muerte de esos padres, a veces imaginados, a veces vistos en los noticieros y a veces acompañados en su deterioro durante el secuestro: «Siempre pensé en el encuentro que íbamos a tener, no importaba cuánto tiempo tardaría. Pensaba que iba a salir con vida, que nos íbamos a abrazar, a conocernos y compartir», dice **Jhonatan**¹², hijo de un sargento del Ejército secuestrado por las FARC-EP cuando él aún no había nacido, que lo esperó infructuosamente durante trece años. Esta idea también ronda en el testimonio de **Andrea del Pilar Trujillo**, hija de un teniente coronel asesinado por las FARC-EP cuando ella tenía diez años: «Y es que no es lo mismo que te digan que a tu papá le dio un infarto y murió, que es algo fulminante, sino la forma: tener que escuchar y procesar eso en tu mente a tan corta edad. Es algo que a uno lo aterriza inmediatamente a la realidad de la vida y así mismo te hace madurar más temprano, madurar a la fuerza».

Olga María, parada desde la orilla de quien vivió una orfandad todavía más desamparada a raíz de la pobreza, une su voz a la de estos jóvenes y adultos que

10 Dicho proceso de paz incluyó a la mayoría de los grupos guerrilleros, a excepción de las FARC-EP y el ELN. En ese sentido, se desmovilizaron combatientes del Ejército Popular de Liberación (EPL), del Movimiento 19 de abril (M-19), de la Corriente de Renovación Socialista (CRS), del Partido Revolucionario de Trabajadores (PRT), y del Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL).

11 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/071-VI-00004>

12 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/341-VI-00014> También pueden escuchar un fragmento de la entrevista en la voz de Jhonatan en el siguiente enlace: <https://www.comisiondelaverdad.co/el-encuentro-que-nunca-llego>

sintieron cómo les arrebataron los años felices de la infancia: «No tuve nunca una muñeca. Hoy en día veo esas burbujas que soplan y soy feliz con eso, porque yo no tuve infancia, yo tuve responsabilidades siendo niña». Los duelos vividos en solitario dejaron a niñas, niños y adolescentes a su suerte, aferrándose a lo que podían. Con sus familias sometidas a una crisis profunda, nadie pudo ocuparse de su dolor. Juan David, a quien le secuestraron ambos padres en el plagio masivo de la iglesia La María en Cali, cuando tenía once años, se refugió en el dibujo; otros buscaron situaciones de confrontación, recurrieron al consumo de sustancias como alcohol, marihuana o basuco, o formaron familias a edades tempranas. Y entre estos, muchos siguen cargando con las consecuencias materiales y emocionales de las pérdidas décadas después de los hechos. En la mayoría de los relatos, aparece como una constante el aplazamiento de los deseos, la simulación de fortaleza y la adopción de un rol silencioso e invisible en la familia: «Estaba rota, pero no lo podía demostrar, tenía que ser fuerte, como mi papá y mi mamá», escribió en una carta la hija de uno de los diputados del Valle asesinados en el año 2007 por las FARC-EP luego de cinco años de cautiverio. Los niños y niñas que fueron secuestrados acudieron a esta misma lógica: «El motor que yo tenía era volver bien para mis papás, no por mí. Tenía que resistir porque sabía que estaban sufriendo, y yo desde allá no podía hacer nada más que estar bien», dice **Tatiana**.

Además de los impactos emocionales derivados del duelo, los hijos e hijas de combatientes tuvieron que cargar con el peso de una identidad no elegida, de una marca que los inscribe en una historia de odios y los arroja de vuelta al ciclo de violencia sin fin. Etiquetados como «los hijos de», llegaron a recibir peligrosos sobrenombres, desde «paraquitos» a «guerrilleritos», lo que implicó que crecieran con un estigma difícil de borrar y que a muchos los condujo al exilio, pues el señalamiento por su procedencia podía acarrearles nuevas victimizaciones. Juana Valentina explica de este modo el sentimiento ambivalente de cargar con una identidad a cuestas: «Es muy jodido, porque yo no estoy en contra de las ideas de mis papás, pero pues tú no eres tus papás».





Recomendaciones en torno al tema de las ausencias y orfandades:

Al respecto del subregistro¹³ expuesto previamente, la Comisión de la Verdad recomendó hacer un censo que haga visible la orfandad como una forma de reconocimiento simbólico de lo acontecido a miles de niños, niñas y adolescentes en Colombia a lo largo de la historia del conflicto. Y que, adicionalmente, se cree un programa de atención psicosocial con énfasis en superar los impactos de esta forma de violencia, independientemente de que las víctimas ahora sean personas adultas.

¹³ Se refiere a que los datos sobre la manera como ocurren estos hechos en el país no reflejan en su totalidad todo lo que ocurre, debido a múltiples razones, por ejemplo, que no se denuncie, que cada entidad registre información de manera particular y diferente a otra institución, entre otras.



2 El desplazamiento forzado en la vida de las niñas, niños y adolescentes

La diversidad de voces de las personas que quedaron huérfanas a temprana edad o de quienes vivieron ausencias prolongadas por causa del conflicto deja ver que la violencia tocó a todas las capas de la sociedad colombiana. Sin embargo, en el caso del desplazamiento, las afectaciones contra la escuela y sus entornos, y la vinculación de niñas, niños y adolescentes a actores armados, la violencia sin duda se concentró en los territorios más apartados y pobres del país. Para describir las condiciones de estos lugares hay un término: “pobreza multidimensional”. Este se refiere a los obstáculos que existen en determinadas zonas para acceder a derechos fundamentales que debería garantizar el Estado. La mayoría de los protagonistas de esta historia hablan desde los rincones más olvidados de nuestra geografía; tratan de elevar una voz que fue muchas veces ignorada mientras crecían, porque atender sus necesidades no fue una prioridad. Este es el caso de **María Victoria**¹⁴, quien vivió la masacre de cinco miembros de su familia a manos de las FARC-EP en Puerto Lleras, Meta, cuando tenía catorce años. No hubo razones, «porque nosotros sabíamos era de campo, nada más», dice ella.

Hacia 1999, Puerto Lleras era conocido por ser un «pueblo fantasma» debido a las 1.145 personas que fueron obligadas a abandonarlo por amenazas,

14 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/189-VI-00198>

homicidios selectivos y masacres, como la que sufrió la familia de María Victoria. El desplazamiento es una de las violencias que más ha lastimado a la niñez y adolescencia colombianas. **Es una experiencia de la que pueden dar testimonio 3.049.527 niñas, niños y adolescentes registrados desde 1985 hasta el 2019, y que corresponden casi al 40% de las víctimas documentadas de esta violencia.** El desplazamiento es el primer eslabón de una larga cadena de victimizaciones, con las cuales esta población va perdiendo el acceso a sus derechos, y pese a ser el hecho violento «mejor» atendido por la institucionalidad, no ha conseguido reparar de manera satisfactoria a los millones de víctimas; entre ellas, a los más jóvenes.

Porcentaje de niños, niñas y adolescentes víctimas de desplazamiento



Cuando por primera vez las familias deben abandonar sus casas y el entorno que ha sido su vida hasta ese momento, se presenta la ruptura de partir con el miedo y el recuerdo de la violencia a cuestas, dejar la tierra y la vida conocida, enfrentar la incertidumbre sobre el futuro y una precariedad que casi siempre empeora tras arribar a nuevos lugares, en los que los recién llegados carecen de redes de apoyo. Pero, además, las niñas, niños y adolescentes tienen pérdidas particulares: dejan amistades, juguetes, mascotas y un territorio que les permitía moverse. Y en medio de la tragedia familiar o comunitaria, nadie se ocupa de sus necesidades específicas. Olga María dejó a Coconito, su perro; **Lucía**¹⁵, quien se desplazó desde La Montañita, Caquetá, a los

15 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/628-VI-00016>





doce años, perdió a su mejor amiga: «Yo era muy amiga de una niña que se peinaba igual a Paquita Gallego¹⁶. Así, con la colita. Le había cogido muchísimo cariño. Cuando se desplazaron, me acuerdo que llegó una línea de guerrilleros. Fue en cuestión de segundos: les dieron diez minutos y salieron el papá, la mamá y ella, cada uno con un bolso, ella estaba descalza, y tenían otra niña más pequeña. Me acuerdo tanto. [...] ¿Razones? Ni idea, pero no la volví a ver. Fue mi primera amistad perdida».

La llegada a nuevos lugares, casi siempre a ciudades grandes, trae consigo nuevas penurias. El desplazamiento también ha afectado de manera desproporcionada a las mujeres: del total de desplazamientos documentados, 3.994.536 fueron de mujeres, lo que equivale al 51,5%. De estas, 1.520.727 eran niñas o adolescentes en el momento de los hechos. Sobre ellas recaen varias de las necesidades más apremiantes que enfrentan las familias desplazadas luego de instalarse en un nuevo lugar, como la obtención de un sustento económico o el cuidado de los familiares. Olga María recuerda haber trabajado desde muy niña: «Yo con seis años me montaba a los racimos de plátano. Mi abuelo recogía el plátano de la orilla de Puerto Nuevo, se lo mandaba a mi mamá y nosotros lo vendíamos». Lo mismo sucedió con **María Victoria**, quien desde la adolescencia trabajó en las minas de esmeralda de Otanche, en Boyacá, luego de haber salido desplazada del Meta. Más tarde fue empleada doméstica y obrera de una fábrica; siempre cumpliendo dobles jornadas, bajo condiciones de explotación y con salarios que apenas le daban para subsistir. Los niños, niñas y adolescentes se vieron expuestos al trabajo infantil en sus peores formas y fueron explotados porque, en su mayoría, preferían pagos mal remunerados o que afectaban su salud en lugar de recurrir a la mendicidad¹⁷: «La señora me consiguió un trabajo en una casa de familia», cuenta **Isabel**¹⁸, quien fuera desplazada desde Ábrego a Cúcuta, Norte de Santander, «yo tenía catorce años y era interna¹⁹, así al menos me daba para la comida porque era muy poco lo que me pagaban, pero peor es estar por ahí sin hacer nada y en la calle».

16 Personaje principal de una telenovela transmitida en la televisión colombiana desde finales de 1997 hasta mediados de 1999.

17 La mendicidad es el estado social y económico de aquellas personas que dependen de limosnas o del favor de los demás para garantizar su fuente de subsistencia. Personas sin trabajo, sin ingresos y sin independencia financiera tienen que recurrir en muchos casos a esta práctica para poder sobrevivir.

18 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/224-VI-00073>

19 Empleada doméstica que vive en el mismo lugar donde trabaja.

Al llegar a vivir en lugares marginales, las personas menores de dieciocho años también se vieron expuestas a ser reclutadas o utilizadas por los actores armados que operaban en los territorios de acogida: «Nosotros llegamos desorientados, sin saber nada de la ciudad y finalmente lo que se tiene más cerca es ese ofrecimiento. Cuando uno ve que no hay otras posibilidades ni oportunidades, termina enredado». Esto cuenta **Diego**²⁰, quien llegó de Ituango, Antioquia, al barrio Manrique, en Medellín, en el año 1995, cuando tenía catorce años, durante uno de los períodos más álgidos del paramilitarismo en las barriadas populares.

Fue así como el desplazamiento empeoró en muchos aspectos una existencia que ya era precaria en las zonas rurales de donde salieron la mayoría de las personas, incluidos los niños, niñas y adolescentes. Algunos accedieron con más facilidad al sistema escolar o de salud, pero a costa de sacrificios muy dolorosos, que no hicieron nada fácil la adaptación al clima y a la hostilidad de las grandes ciudades. El primer desplazamiento vino con la angustia de tener que moverse tan pronto se presentaran nuevos peligros, pues casi siempre los traslados fueron múltiples.

Esto no solo afecta la obtención de estabilidad y la posibilidad de proyectar un horizonte de vida, también provoca una separación violenta del entorno conocido y una desconexión del territorio, lo que es particularmente destructivo para los pueblos y comunidades indígenas, afrocolombianos, raizales y palenqueros. **Las personas de estas comunidades representan el 17,8% de las víctimas documentadas de esta violencia en un país donde apenas corresponden a un 13,74%, según datos del censo del 2018.** Y esta dificultad para la adaptación, que casi siempre implica la pérdida de las raíces y del reconocimiento de la cultura propia, ha afectado incluso la continuidad de los estudios y la construcción de nuevos vínculos: «Cuando llegué al colegio todos me miraban raro, eso no se me olvida. [...] Hasta que me gradué solo conseguí una amiga. Ella tenía una discapacidad. Yo creo que por eso se acercó a mí, porque, claro, ella quizás también se sentía sola», dice **Alejandra**²¹, quien llegó desplazada

20 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/058-CI-00771>

21 Transcripción de la entrevista en: <https://archivo.comisiondelaverdad.co/explora/detalle/172-VI-00005>





a los doce años a Belén de Umbría, Risaralda, desde **Antioquia**, el departamento que ha tenido más víctimas de esta violencia a lo largo de todo el conflicto colombiano²².

Departamento con el mayor número de personas desplazadas



Antioquia, 1.8 millones de personas desplazadas

Sumadas al trabajo infantil, a la violencia sexual y a la vinculación a actores armados, la pérdida de la educación formal y las rupturas familiares se cuentan como los principales efectos del desplazamiento. Para sobrevivir, las familias a menudo tuvieron que separarse y la asistencia a la escuela fue visiblemente perjudicada por la sobrecarga de roles dentro de los hogares afectados: «Yo estuve unos cinco años

22 Más de 1,8 millones de personas se han desplazado desde este departamento. De este total, el 14,6% corresponde a niñas y niños entre cero y cinco años; 12,2%, entre seis y once, y 10,7% a adolescentes entre doce y diecisiete años. Las cifras de recepción de personas desplazadas también ponen a Antioquia en el primer lugar con 1.689.685 personas, lo que podría indicar que un alto número de estas se reubicaron en el mismo departamento o ciudad (Base de datos, Registro Único de Víctimas, Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas, con corte del 6 de abril del 2022).

que no estudiaba, igual que mis hermanos, pues teníamos que trabajar», cuenta **Víctor**, desplazado a los diez años desde La Gabarra, Norte de Santander.

De este modo, a quienes salieron de sus veredas y municipios en edades tempranas, el desplazamiento les ha impedido construir una identidad anclada a su territorio de origen, ha roto la transmisión de saberes ancestrales²³, los ha condenado a la pobreza y ha mermado sus deseos de regresar. **De las 9.176 víctimas de desplazamiento registradas en las entrevistas de la Comisión de la Verdad, el 66,2% no ha retornado a su lugar de origen. Por otro lado, entre las personas que sufrieron el hecho siendo menores de dieciocho años, el retorno solo llega al 30,14% en población mestiza y al 31,27% en población étnica.** Del total de jóvenes desplazados a partir de 1998 inscritos en el Registro Único de Población Desplazada²⁴, un 8,8% desea retornar; el 89% no lo quiere y el 2,3% no sabe aún. Las cifras nos dejan frente a una realidad desgarradora para Colombia: el vaciamiento de los campos, cuya población joven disminuye año tras año. **En la población menor de dieciocho años es en la que se observa un mayor decrecimiento de la proporción, ya que en 1985 esta población correspondía al 48,2% del total, en tanto que para el 2020 decreció al 35,5%, pasando de cinco a cuatro millones en poco más de tres décadas.**

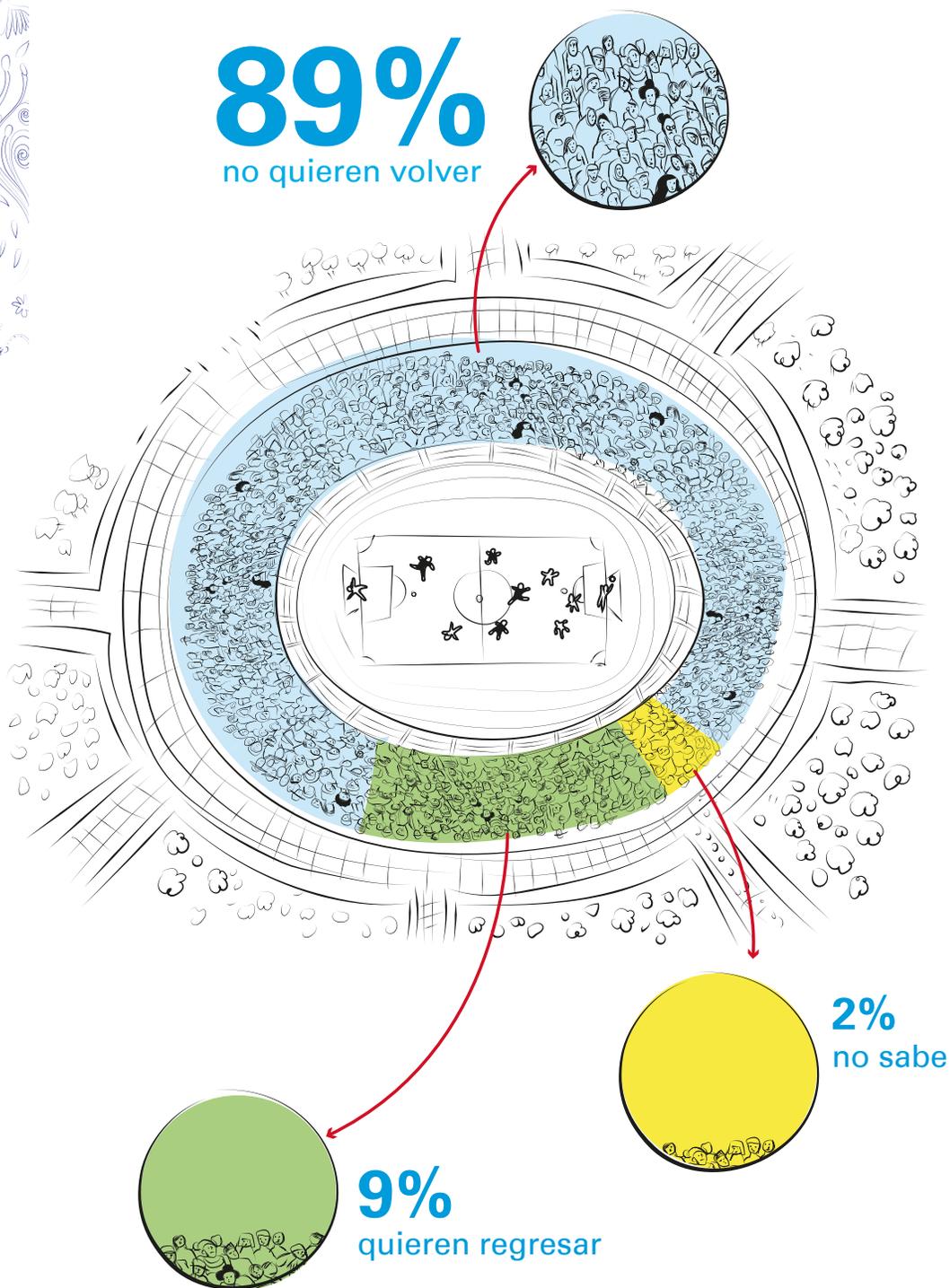
23 Los saberes ancestrales son conocimientos forjados durante largos períodos de tiempo por distintas culturas, que normalmente surgen del contacto estrecho que estas mantienen con sus territorios. Estos saberes suelen transmitirse de generación en generación a través de prácticas orales y rituales, aunque no exclusivamente, y por eso mismo viven transformaciones constantes.

24 En este registro la población víctima de esta violencia declara los hechos sufridos, que entonces son inscritos en un sistema de información. El objetivo de dicha sistematización es tener la información actualizada de estas personas con el fin de ofrecerles una atención integral; por ello también se consignan los servicios estatales que han recibido, para hacerle seguimiento a la atención brindada (OCHA Colombia Wiki, «Registro Único de Población Desplazada»).





Intención de retorno en la población joven desplazada



Con todo, algunos de los que antes fueron niños, niñas y adolescentes hoy son adultos que intentan regresar a su tierra: «El 15 de septiembre del 2004 decidí mudarme otra vez para mi pueblo, porque es que yo fui nacida allí y allí me crie. Yo nunca me sentí bien en Cartagena porque, como soy campesina, me gusta mucho el campo y no me pude acostumbrar a la ciudad», dice **Gabriela**. Pese a que al volver enfrentan numerosas dificultades ligadas a la persistencia de la violencia y de la pobreza en los territorios, anhelan recuperar una historia arrebatada, desenterrar la verdad sepultada por la violencia y reclamar de vuelta la tierra que les vio nacer.





Recomendaciones en torno a los impactos del desplazamiento:

El desplazamiento forzado ha ocasionado una reconfiguración demográfica que ha llevado a millones de personas del campo a la ciudad y ha causado enormes impactos culturales, económicos y sociales. Por eso, la Comisión recomendó acelerar la implementación del Acuerdo de Paz, dándole un énfasis especial al punto de tierras, en el que se debe involucrar activamente a la población joven por medio de los Planes de Desarrollo Estratégico Territorial (PDET) y se deben crear condiciones especiales para el retorno al campo de la población menor de 28 años. Y, finalmente, deben continuarse los esfuerzos que conduzcan a una salida negociada al conflicto con los grupos que siguen en armas, para reducir los riesgos que afectan a niños, niñas y adolescentes en los territorios donde persiste la violencia.